

¿aquí, Madrid?



CUANDO NACIO LA BANDA...



Cerca de treinta años lleva Mariano Sanz de Pedre consagrando sus esfuerzos, como profesor de trompa, a la prestigiosa Banda Municipal de Madrid. Aunque entró en ella

muy mozo, tenía ya una brillante hoja de servicios musicales, iniciada en el Colegio de la Paloma, donde se educó, para continuarla en el Conservatorio, y adquirir experiencia en la Capilla de Palacio y en las Orquestas Lasalle, Clásica y Filarmónica. Practicó la enseñanza, conquistó premios, hizo quien sabe cuántos guiones radiofónicos, publicó centenares de artículos, editó libros notabilísimos, y ahora nos ofrece la historia completa y minuciosa de la magnífica Agrupación, que el día 2 de junio de 1959 llegará a sus bodas de oro.

Para nosotros, los veteranos, la obra es como un retorno a aquellos tiempos alegres de la juventud. El 14 de abril de 1909, el Ayuntamiento, presidido por el conde de Peñalver—uno de los grandes alcaldes que ha tenido la villa—, acordó la creación de ese conjunto que hoy nos enorgullece. Los preparativos se hicieron con mucha actividad. Se nombraron, por oposición, los ochenta y ocho artistas, uno menos que ahora; se adquirió el instrumental necesario; se confeccionaron los uniformes, se ensayó sin descanso, y, por fin, la noche del miércoles, 2 de junio, aquel maestro que se llamó Ricardo Villa, emocionado y nervioso, extendió los brazos hacia sus huestes... y la Banda empezó a sonar.

El entusiasmo del público fué indescriptible. Componían el programa obras de Tschaikowski, Liszt, Weber y Wagner, además de una Marcha Solemne, compuesta por el propio Villa. Luego, el subdirector, Garay, ocupó el atril y dirigió el pasodoble «La gracia de Dios». Con él terminó la inolvidable velada, transcurrida en constante y jubiloso estruendo de vitores y aplausos.

El buen éxito se acrecentó con otros festivales dados en el teatro Real—el primero fué en el Español—y en la plaza de toros. Sin embargo, los madrileños sentíanse un tanto defraudados, porque la Banda—SU BANDA—aún no había tocado para ellos. Hasta el 14 de junio, por la tarde, no se dió una audición popular en Recoletos. Se improvisó un tingladillo en el andén central del paseo, cerca del monumento a Mesonero Romanos. Fué un completo fracaso, porque las armonías orquestales quedaron ahogadas por los gritos, los pregones, el campañeo de los tranvías, los bocinazos de los automóviles y el trote de los jameigos peseteros. Sólo se oyó claramente lo que se dijo del Municipio, ante la mala organización del acto.

La deficiencia se remedió pronto. Se instalaron quioscos en Rosales y en el Retiro, y Madrid comenzó a querer a la Banda y a aficionarse a la buena música. Los que fuimos testigos del lamentable episodio de Recoletos podemos darnos cuenta del largo, penoso y áspero camino recorrido desde aquellas jornadas iniciales, entre la indiferencia de una masa mal dispuesta, que aplaudía a destiempo y se al-

borozaba oyendo a los sextetos de los cafés de barrio imitar, en «La cacería», ladridos de perros, chasquear de trallas y hasta disparos con triqui-traques.

De la primitiva Agrupación quedan algunos supervivientes, ya jubilados. Otros, como Sanz de Pedre, encanecieron en ella. Y todos, los antañones y los bisoños, mantienen el crédito y

los laureles ganados por el insigne Ricardo Villa y por sus beneméritos sucesores: Pablo Sorozábal, Manuel López Varela y Jesús Arámbarrí, sin olvidar a los subdirectores e interinos Garay, Yuste, Echevarría y Martín Domingo. Cada uno aportó sus fervores y su dominio de la técnica, y a cualquiera de ellos hubiera podido gritarle el héroe de la graciosa anécdota recogida en la obra que comento: «¡Por favor, no repita!» Y cuando nadie comprendía la razón de súplica tan angustiosa, en contraste con el general regocijo, fué el propio interesado el que aclaró el enigma, exclamando, entre mohino y gozoso: «¡Ahora pueden repetir lo que les parezca, porque ya he perdido el tren!»

El libro de Mariano Sanz de Pedre es como un anticipo del homenaje que habrá que tributar a la Banda Municipal en su inmediato cincuentenario. Sirva él de recordatorio para que cumplamos nuestra obligación. Todavía falta un año; pero las cosas hay que pensarlas con tiempo, si queremos que salgan bien... — F. SERRANO ANGUITA.